

SERMON

DE LA

VÍRGEN DE LA BUENA GUIA.

(DE CLIMENT.)

(*Jesus*) dicit matri suæ: mulier, ecce filius tuus. Deinde dicit discipulo: ecce mater tua.

(*Jesus*) dice á su madre: mujer, hé ahí tu hijo. Despues dice al discipulo: hé ahí tu madre.

S. Juan, c. 19. v. 26 y 27.

Entre todas las reglas ó leyes, que debemos observar los predicadores del Evangelio, ninguna es de mayor importancia, que la que nos obliga á atender á la calidad de nuestro auditorio. Porque siendo nuestro fin principal y único la instruccion y aprovechamiento espiritual de los fieles, mal podremos conseguirlo, si no nos acomodamos á su capacidad, de modo que puedan entendernos los que nos oyen. Segun esto ha de haber una notable diferencia entre los sermones que predicamos á los sabios, y los que predicamos á los que no lo son; y así vemos que lo practicó el predicador y apóstol de las gentes san Pablo (1), pues hablando con los areopagitas usó de un estilo el mas conciso y elevado, mostrándoles en pocas palabras la unidad, providencia y justicia de Dios, que son las verdades fundamentales de nuestra Religion. Se hizo cargo de que los atenienses eran los hombres mas sabios del mundo, y procuró convencer-

(1) *Act. c. 17.*

los con los principios de la misma filosofia que ellos habian estudiado, y con los testimonios de sus propios poetas, de que el Dios que crió el cielo y la tierra, y nos da el ser, la vida y el movimiento, no puede ser semejante á las estatuas inanimadas de madera y de piedra que adoraban, y que ha de llegar el dia en que nos tome estrecha cuenta de nuestras acciones, para premiar las buenas y castigar las malas.

Pero en otras ocasiones san Pablo, acomodándose á la corta capacidad de sus oyentes, habló con el estilo mas humilde, y no reparó en reprender el abuso de los adornos de la elocuencia, con que muchos hacian imperceptibles é ineficaces sus sermones. En lo cual imitó el Apóstol á su divino maestro Jesucristo, que siempre se valió de los símiles mas vulgares y de las palabras mas sencillas, para persuadir la verdad á las pobrecitas turbas que le seguian. Fuera pues desacierto apartarme de unas leyes tan justas y de unos ejemplares tan autorizados, buscando esta mañana la erudicion, la elegancia, y por consiguiente la oscuridad en mis discursos. Bien sé que muchos alaban mas á los predicadores, cuando ménos los entienden, y tal vez en el mismo no entenderlos fundan sus alabanzas, publicando que es muy profundo y no para todos lo que dicen. Qué error, qué desvarío! Para todos ha de ser la doctrina evangelica, y sus ministros, segun decia san Pablo, contraemos la obligacion ó deuda de explicarla, de modo que todos, sabios é ignorantes, la entiendan: *Sapientibus et insipientibus debitor sum* (1).

Con este conocimiento, piadosos y honrados pescadores, debo procurar hablarlos con un lenguaje natural, claro y perceptible, para que ni una palabra siquiera dejéis de entender. Porque no juzgo, ni os digo que sois sabios, y que estáis instruidos en las divinas y humanas letras. Juzgarlo, fuera locura; y decirlo, desatinada lisonja. Ni pienso ofenderos, concibiendo que solamente sabéis lo que os importa saber para salvaros; ántes bien en la ignorancia de las ciencias mundanas descubro vuestra verdadera felicidad, viendo que el real profeta David á su ignorancia atribuyó los singulares favores, que le dispensaba la liberal mano del Altísimo: *Quoniam non novi litteraturam, introibo in potentias Domini* (2). En efecto ¿no es, en

(1) *Rom. c. 1. v. 14.* (2) *Psalm. 70. v. 6.*

sentir de san Pablo, la sabiduría del siglo la que desvanece y arruina? ¿cuántos sabios se condenan, que se salvaran ignorantes? No es sola la caridad la que edifica? ¿cuántos sin mas conocimiento de la bondad de Dios que el que les da la Fe, le aman y sirven en la tierra, y despues le gozan en el cielo?

Bien hallados pues con vuestra sencillez, oyentes míos, no envidiéis los aplausos que el mundo da á sus sabios. Aunque si quisiera alabados, pudiera tomar motivo de vuestro honesto y honrado ejercicio, porque no es como otros que sirven al fausto y vanidad de los hombres, sino á la necesidad y á la Religion, facilitándonos con vuestra industria y trabajo el alimento, y la observancia de uno de los preceptos de la Iglesia. Bien pudiera extenderme en la relacion de innumerables pescadores, que por su valor y pericia en la náutica llegaron á ser famosos en el mundo; pero merece toda mi alabanza y arrebatá mi atencion la piedad con que veneráis á María señora nuestra por vuestra guia y patrona, y el fervor con que imploráis su socorro en vuestras tribulaciones. Y para que en adelante sea mayor vuestra piedad y fervor, os explicaré la oracion del *Ave María*, ó salutación angélica, del modo que la explicó el ángel de las escuelas santo Tomas de Aquino.

Esta oracion, señores, se compone de las palabras que san Gabriel dijo á María santísima, cuando bajó á anunciarle la encarnacion del Hijo de Dios en sus entrañas; de las que dijo su prima santa Isabel, cuando la hospedó en su casa y de otras que añadió la Iglesia nuestra madre. El ángel comenzó diciéndole, *Ave*, que fué saludarla, como acostumbramos con los *buenos dias* ó con el *Dios te guarde*; manifestando con esto la alta dignidad de María, y protestando el profundo respeto con que la miraba, superior á los antiguos patriarcas, y al mismo Abraham, pues este tuvo á gran favor el saludar y reverenciar á los ángeles, y la Virgen logró, que los ángeles la saludaran y reverenciaran. Veneracion verdaderamente tan inusitada, que para que no la extrañara María santísima, señaló el ángel la causa, llamándola *llena de gracia*, que fué como decirle, te saludo, te venero, porque estás mucho mas llena de gracia que yo y que todos los ángeles, siendo por antonomasia llena de gracia: *Gratia plena*. Y tambien, porque *el Señor está ó es contigo*, no como está en las demas criaturas, no como está en mí, aunque tan favorecido íntimo familiar suyo, sino que de un modo es-

pecial está unido contigo, como lo está el hijo con su propia madre: *Dominus tecum*. No es novedad pues que el ángel continuara aclamándola *bendita entre todas las mujeres*, porque en consecuencia de lo que le decia, la declaraba libre de los dolores del parto, de reducirse á polvo, y de las demas penas y maldiciones en que incurrimos por la culpa original: *Benedicta tu in mulieribus*.

Y esto mismo que el ángel, dijo santa Isabel á María: *Bendita tú entre las mujeres*. Pero inmediatamente extendió la bendicion á su Hijo, diciendo: *y bendito el fruto de tu vientre*; cuyas palabras con gran propiedad juntó la Iglesia con las del ángel, porque toda la bendicion de la madre se deriva de la bendicion de su Hijo. Todo el bien de aquel árbol proviene de su fruto de bendicion, en el cual se halla todo lo que la infeliz Eva buscó, y no encontró en el fruto del paraíso, pues Jesus es el fruto mas hermoso que dió al mundo mujer alguna, segun cantaba el real Profeta (1). Jesus es el fruto que nos alimenta y nos comunica la inmortalidad, segun decia san Juan (2); Jesus es el fruto que nos lleva á la gloria, en donde, como decia el mismo evangelista, nos asemejamos á Dios. Ó Jesus, fruto bendito del vientre de María! *Benedictus fructus ventris tui*. Ó María, árbol frondoso y fructífero de la ciencia y de la vida! pues en Jesus contienen á la Sabiduría increada y á la vida eterna, inclina los ramos de tu proteccion, para que podamos coger tan precioso fruto. Ó valiéndonos de las palabras con que la Iglesia concluye vuestra salutación Angélica, os decimos: *santa Maria, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte*. Ahora, madre amorosa, ahora mismo necesitando de la asistencia del Espíritu santo para publicar vuestras misericordias, recurro á vuestra poderosa intercesion, diciéndoos humildemente *Ave Maria*.

No hace ménos difícil la eleccion el tener mucho, que el tener poco de que escoger, porque la misma abundancia nos suspende y embaraza. Ciertamente, señores, puesto en vuestro lugar, y en la precision de tomar algun santo para especial abogado, no sabria cuál elegir entre los ápostoles, que fueron en

(1) *Psalm. 44. v. 3.* (2) *Joann. c. 6. v. 55.*

la tierra pescadores, y os son en el cielo muy propicios. Por una parte parece, que siendo san Pedro el principe en el apostolado, merece ser el primero en vuestra veneracion: por otra parte parece, que siendo san Juan el mas amado y favorecido de Cristo señor nuestro, es el mas á propósito para ser vuestro abogado con su divina Majestad; y asimismo pudiera por otras razones igualmente robustas atender á la santidad y al poder de los demas apóstoles, que honraron vuestro ejercicio. Felices vosotros, que tenéis por patronos á los mayores santos del cielo y mucho mas felices por el acierto con que os salisteis de la dificultad, eligiendo á María santísima, para que os guie y os defienda en los peligros y necesidades, sin agravio de los mismos apóstoles, pues los imitáis en el obsequio y veneracion que tributaron á la Virgen madre de su divino Maestro, y os conformáis con la voluntad del Señor, que desde el árbol de la cruz quiso que fuese madre del apóstol y pescador san Juan, y madre vuestra: *Ecce mater tua*. Y si desde entónces san Juan, segun él mismo dice, la miró como madre suya, tambien vosotros la miráis con el respeto de madre vuestra; y esta soberana Reina os ama como á hijos suyos, del mismo modo que amó al apóstol san Juan: *Ecce filius tuus*. No solo por la general de ser madre y abogada de todos los cristianos, sino que por especiales razones es madre y abogada vuestra, segun intento haceros ver en el discurso de mi oracion, con el fin de alentar vuestra confianza en su patrocinio, y moveros al agradecimiento de sus beneficios. Me parece propio el asunto, y digno de vuestra atencion.

No es de creer que por casualidad se impusiera á la Virgen el nombre de María, porque si Abrahan, Sara, Israel, el Bautista y Pedro tuvieron por inspiracion divina estos nombres, que significan sus dignidades y ministerios, ¿con cuánta mas razon hemos de juzgar, que no fueron los hombres, sino el cielo el que dió á la Virgen el nombre de María? Principalmente cuando este nombre concuerda muy bien con las excelencias de que estuvo adornada nuestra Señora, pues significa lo mismo que mar de gracias, mar de penas y estrella del mar. Permittedme, señores, que me detenga en hacer reflexion sobre estos nombres, que á mas de manifestar las singulares prerogativas de la Virgen, dicen tanta relacion con la calidad de patrona y abogada de los pescadores. Es María mar de gracias, porque así

como todas las aguas de los rios corren hácia el mar, así tambien todas las gracias del cielo fueron á parar en María señora nuestra; y así como Dios al principio del mundo mandó congregar todas las aguas en un lugar, al cual dió el nombre de mar, así tambien quiso que todas las gracias se unieran en la Virgen, á quien dió el nombre de María ó de mar. Ni podia ser ménos, ni podia faltar virtud ó gracia alguna á una vírgen, á quien el eterno Padre eligió para hija, el Hijo para madre y el Espíritu santo para esposa.

Verdaderamente, señores, es María un inmenso mar de gracias; y vosotros, cuando os acercáis al mar ó entráis en él, tenéis delante de vuestros ojos una imágen de vuestra feliz poderosa abogada. Bien que ese mismo mar inquieto, tempestuoso os representa á María santísima como un mar amargo de penas, porque todos los sucesos de su vida fueron otras tantas olas de tribulaciones y trabajos, no habiendo tenido gozo alguno, que no estuviera acompañado de muchas penas. Si no decídme, ¿qué no padeció en la noche del nacimiento de su Hijo? ¿Qué desabrigo, qué incomodidad, qué indecencia! Tanto, que obligó á santo Tomas de Villanueva á que exclamara: «ó Jesus mio! ¿una cueva es el palacio que tenéis prevenido en Belen, para hospedar á la reina de los ángeles y madre vuestra? ¿Una inmunda caballeriza es la pieza destinada para su parto? las telarañas han de ser las colgaduras? el estiércol la alfombra de sus piés? el duro suelo su cama? un pesebre vuestra cuna? Ó buen Jesus! Ah mortales, delicados y mal sufridos!» Así empezó á padecer María santísima, y así continuó padeciendo todo el resto de su vida. Porque ¿qué brecha no abrió en su corazon aquel duro cuchillo, que circuncidó á su amado Jesus? ¿Qué gusto pudo tener de que en su presencia los santos Reyes presentaran á su Hijo el oro y el incienso, si al mismo tiempo le ofrecieron la mirra, en señal de que habia de morir? ¿Qué satisfaccion pudo darle, que Simeon le tomara en sus brazos y le reconociera por Mesías, si inmediatamente vuelto hácia ella le dijo, que al pié de la cruz una espada de dolor traspasaria su alma? ¿Cuán destituida de consuelo debemos contemplarla huyendo á Egipto, por librar á Jesus de la crueldad de Heródes? ¿Cuán afligida habiéndole perdido á los doce años de su edad? ¿Cuán sorprendida de la pena, cuando en las bodas de Caná de Galilea le oyó decir: mujer, no ha lle-

gado mi hora; aludiendo, en sentir de san Agustin, á la hora, en que desde la cruz le dijo: mujer, ese es tu hijo: *Mulier, ecce filius tuus.*

De suerte que, aunque María santísima sin duda se halló presente á los estupendos milagros, que obró Jesucristo señor nuestro, á los aplausos que se mereció de las turbas, y á la majestad y pompa con que entró triunfante en Jerusalem, con todo, lo omitieron los evangelistas, para darnos á entender, que no es parte notable de la vida de María suceso en que no se mezclaron las penas. En consecuencia no leemos, ni creo que la Virgen asistiera en el monte Tabor, en donde Jesucristo, dejándose ver glorioso de los tres apóstoles y pescadores, Pedro, Juan y Diego, los llenó de gozo. En el Calvario sí que estuvo María santísima presente á la pasión y muerte de su amado Jesus: allí su corazón se convirtió en un mar amargo de penas; y en atención á lo que allí había de padecer, viendo morir á su unigénito Hijo, le impuso Dios el nombre de María, así como dieron este mismo nombre á la hermana de Moises, por haber nacido al tiempo que Faraon mandó arrojar al río ó al mar á los hijos de los hebreos.

Finalmente, para acabar de apropiarse el nombre de María y sus significados á la calidad de especial abogada vuestra, allí en el Calvario se constituyó la Virgen madre vuestra: *Ecce mater tua*, estrella del mar y guía vuestra. Porque así como las estrellas del cielo os guían, cuando navegáis por el mar, así María santísima desde el cielo os dirige, y os libra del naufragio y de la muerte. Buena estrella, buena guía tenéis, hermanos míos; mejor que los hebreos en la otra María, hermana de Moises, que los guió en el tránsito del Mar bermejo; Mejor que los israelitas en el ángel, que en forma de una columna los guió por el Desierto, alumbrándolos de noche, y haciéndoles sombra de día. Porque la Virgen excede en el poder y en la misericordia á aquella mujer, á aquel ángel y á todas las criaturas: es sumamente piadosa, habiendo aprendido con lo que padeció, singularmente en el Calvario, á compadecerse de los que mas padecen en este mundo.

¿Y quién padece tanto como vosotros, oyentes míos? ¿quién está tan expuesto á las inclemencias del tiempo? ¿al calor, al frío, á la lluvia, al aire, á la sed y á la hambre? ¿Cuántas veces engolfados en el mar, sin poder tomar tierra, os falta el

agua para beber y el pan para comer? ¿Qué trabajos pueden compararse con los vuestros? No los que padecieron los israelitas esclavos en el Egipto, pues luego que les faltó la comida y bebida que apetecían, murmuraban de Moises y del mismo Dios: prueba de que no estaban acostumbrados á sufrir la sed, la hambre y las fatigas que vosotros sufrís, sin desplegar los labios. Y á costa de tanto trabajo ¿qué descanso, que recreo tenéis? Ninguno: parece que la noche no se hizo para descanso vuestro, ni el día para vuestro recreo. Y qué recompensa lográis? Apenas lo preciso para comer y vestir. Dura suerte la vuestra, iba á decir, si la Fe que profesamos, no me enseñara, que sois dichosos á los ojos de Dios, aunque el mundo engañado os repute desdichados.

Porque Cristo señor nuestro declaró, que los atribulados, los humildes de corazón y los pobres de espíritu sois verdaderamente los felices y bienaventurados. Ni puede dejar de ser, pues asemejándoos al Señor y á su santísima Madre en la humildad y en la pobreza, habéis de ser sus mas amados y favorecidos. Lo cierto es que la pobreza y los pobres merecieron á Jesus y á María un singular cariño y cuidado, habiendo querido ser pobres hasta el extremo de ganar la comida con el trabajo de sus manos y con el sudor de su rostro; habiendo elegido por compañeros á unos pobres pescadores, y tratado familiarmente con las pobrecitas turbas: todas sus delicias fueron los pobres. Sin embargo de esto los ricos y poderosos del mundo soberbios se atreven á despreciar la pobreza y á los pobres. Qué infelices son! ¿cuán léjos están de imitar al Señor y á su Madre en la humildad, en la mansedumbre y en la paciencia! Cuántos estorbos tienen para llegar al cielo! Gravados con el peso de los bienes temporales, deslumbrados con el esplendor de una vana gloria y presos con los lazos del deleite, ¿con qué dificultad se mueven en el camino de la virtud? Y al contrario vosotros en la pobreza y en los trabajos, en que os asemejáis á Jesus y á María, tenéis motivo para imitarlos en la humildad, mansedumbre y paciencia; tenéis, por lo mismo que no tenéis bienes en la tierra, mayor derecho á los bienes del cielo; tenéis, desprendidos de las riquezas, honras y placeres, bellísima disposición para caminar á la gloria; y cuando mas afligidos y acosados de los peligros del mar, tenéis mas asegurada la compasión y la asistencia de María santísima.

He llegado, señores, á la razon principal de la necesidad que tenéis de una especial proteccion de la augusta Señora; al caso en que mas resplandece en vosotros su misericordia; á los terribles peligros de que os libra. Pero qué he de decir? Yo, que jamas he navegado por el mar, ¿qué sé de sus peligros? Muchas veces desde la playa ó desde una torre lo veo embravecido, como dividido en montes y valles, levantándose hasta las nubes las olas agitadas de los vientos. Contemplo la congoja que en semejante conflicto padecen los navegantes; y á algunos de vosotros he oído contar, que todo es confusion, todo espanto: sin destreza para gobernar el timon, sin fuerzas para manejar los remos, sin humano recurso, abandonáis el barco á la discrecion de las ondas, que tal vez os llevan al escollo y al naufragio. Solo de pensarlo, aunque desde léjos, me estremezco. Y vosotros por singular providencia de Dios entráis cada dia en el mar sin sustos ni miedos; pero no dejáis de conocer que son inminentes, continuos los peligros, y que si no es milagro, es á lo ménos admirable la piedad con que vuestra abogada María os protege, os guia y os conduce á la playa.

Me ocurre el prodigio que sucedió en Moises, segun nos refiere el sagrado libro del Éxodo. Su madre, dice, á tres meses de nacido, no pudiendo ocultarle mas tiempo, se resolvió á arrojarle al Nilo, como lo ejecutaban todas las hebreas con sus hijos, en cumplimiento del inicuo y bárbaro decreto de Faraon; pero por alargarle la vida, ó lo mas cierto, por disposicion del cielo, tomó una canastilla de juncos embreada, le puso en ella, y le dejó sobre las aguas, que blandamente le llevaban al mar, que habia de servirle de sepulcro. Á esta sazón, paseándose por la orilla de aquel rio la infanta de Egipto, vió la canastilla, mandó que la sacaran, descubrióla, y halló en ella al hermoso niño, que adoptó por hijo, crió á sus expensas, y le dió el nombre de Moises, que quiere decir *sacado de entre las aguas*. Pues asimismo la Madre del Rey de la gloria, mas piadosa que la hija del rey de Egipto, viendo que fluctúa entre las ondas vuestra barquilla, poco mayor que aquella canastilla de juncos, alarga la mano de su proteccion, y os saca de las aguas y del poder de la muerte.

Casi todos los dias experimentáis vosotros estos admirables favores; y esa experiencia debe alentaros á la confianza, como tambien el conocimiento de que vuestra abogada María santísi-

ma se ofenderá mucho de que desconfiéis de su patrocinio. Su amado hijo Jesus nada sintió mas, que la falta de confianza que observó muchas veces en sus apóstoles: cuando preguntó á Felipe, ¿dónde compraremos pan, con que alimentar á las turbas hambrientas? oyó por respuesta, que ni con doscientos escudos se compraria el necesario para tantos: cuando mandó á Pedro que caminara sobre las aguas, vió que apenas comenzó á soplar el viento, comenzó el temor, y desapareció la antecedente confianza: cuando se embarcó con todos los apóstoles, luego que sintieron el peligro, le despertaron clamando: *Señor, salvádnos, que perecemos*. Pero siempre los reprendió el Señor con aspereza; y en esta última ocasion, aunque llegaba á sumergirse la navecilla, les dijo: ¿qué teméis, hombres de poca fe? *Quid timidi estis, modicæ fidei?* (1)

No os culparé, señores, porque en las borrascas y peligros claméis con las palabras de los apóstoles: *Señor, salvádnos, que perecemos*, salvádnos por intercesion de vuestra madre y nuestra abogada, María: *Domine, salva nos, perimus*. Pero ha de ser con mayor confianza que los apóstoles, porque sin ella, nada conseguiréis de su Majestad, y con ella conseguiréis cuanto pidáis. En prueba de esta verdad, que se funda en repetidos infalibles testimonios de las sagradas Letras, pudiera acordaros innumerables prodigios atribuidos á la esperanza de los fieles, si no os contemplara bien amarrados á la áncora de esta noble virtud, y no me hiciera cargo de que debo moveros al agradecimiento de los perenes beneficios, que recibís del Señor por la intercesion de su Madre.

Mas qué he de decir? Yo, que no acerté á hablar de los peligros á que estáis expuestos, he de ponderar los beneficios, que deben medirse con la misma medida que los peligros de que os libráis? yo? ¿Cuándo David, elocuentísimo y perfectamente instruido en las obras de Dios, no se atrevia á publicar las maravillas que obró el Señor en el tránsito del Mar bermejo, muy semejantes á las que cada dia obra en vosotros? Yo? Estoy para tomar el consejo del real Profeta, remitiendo el encarecimiento de los divinos beneficios á los mismos beneficios, que bastantemente manifiestan su grandeza: *Confiteantur Domino misericordiae ejus, et mirabilia ejus filiis hominum* (2).

(1) *Matth. c. 8. v. 26.* (2) *Psalm. 106. v. 1.*

O si no, me remitiré á vosotros mismos, que conocéis claramente que son grandes los beneficios que recibís del Señor por intercesion de su madre, y abiertamente confesáis que debéis ser agradecidos. Mucho tenéis andado reconociendo la grandeza de los beneficios y vuestra obligacion para ser agradecidos; pero todavía os falta saber el modo con que debéis serlo. Porque bien que os parezca que son agradables á vuestra bienhechora los solemnes cultos que hoy le tributáis, no lo son en realidad, si no los ofrece vuestro corazon contrito y humillado. Así lo dijo David en el mas célebre de sus Salmos (1). Y en otro preguntando, ¿qué retornaré al Señor por todo lo que me ha dado? responde: *Recibiré el cáliz saludable, é invocare su santo nombre* (2). Que es lo mismo, en sentir de san Bernardo, que mortificar las pasiones, é implorar su gracia para conseguirlo; ó, segun interpreta san Agustin, recibir dignamente el cuerpo y sangre del Señor: *Calicem salutaris accipiam, et nomen Domini invocabo*.

Á esto, hermanos míos, á vuestra santificacion se reduce todo el agradecimiento que debéis á Dios y á su santísima Madre. Esto es lo que quieren sus Majestades de vosotros: *Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra* (3). Esto pide vuestra propia conveniencia, y esto es lo que dicta la razon. Porque ¿acaso podéis dar las debidas gracias á Dios, estando en desgracia suya? ¿Podéis ser al mismo tiempo enemigos suyos y amigos agradecidos? ¿Os parece que los pecados, las injurias que le hacéis, son buen pago de sus beneficios? Ah! que me temo ha de haber entre vosotros muchos ingratos, y que algunos que pensáis ser agradecidos, no lo sois, pues ofendéis á Dios y agraviáis á su santísima Madre. Ah! que en lugar de quedar satisfecha de vosotros, dirá enojada con Isaías: *son abominables vuestras acciones de gracias, son inicuos vuestros cultos* (4).

Qué lástima! desmerecéis con vuestros pecados el cariño y la proteccion de María santísima, defraudáis los buenos deseos de serle agradecidos, y malográis la humildad y la paciencia con que sufrís la pobreza y los trabajos. Porque nada de lo que hacéis, estando en pecado mortal, es meritorio ni agradable á los ojos de Dios. Poco importa, que no seáis vanos, ni sober-

(1) *Psalm. 50. v. 18. et 19.* (2) *Psalm. 115. v. 12 et 13.*
 (3) *1. Thess. c. 4. v. 3.* (4) *Isai. c. 1. v. 13.*

bios como los grandes del mundo, si sois lascivos, iracundos, mal hablados: si la torpeza mancha vuestro corazon, la ira lo enfurece mas que al mar el viento, y profanáis vuestras lenguas con juramentos y maldiciones, sois mas desgraciados que aquellos ricos, pues ellos, á lo ménos en esta vida, son aparentemente felices, y vosotros, pecadores, sois infelices en esta vida y en la otra. Qué lástima! vuelvo á decir. Me compadezco, creédme, de vuestros trabajos, porque habiéndome criado en mis primeros años en un barrio en que oía vuestros lamentos, se enterneció mi corazon; pero mucho mas me compadezco de vuestra eterna desgracia, si no os arrepentís de vuestras culpas. ¿No teméis, y con razon, á los moros piratas que infestan el mar? Pues mas debéis temer á los demonios que os circuyen continuamente, é intentan quitaros la libertad para siempre. No sé cómo os atrevéis á entrar en el mar, pecadores, expuestos á perder la vida y el alma. Cómo no teméis á Dios, á vista de tanto peligro? Teméd condenaros, como temieron los apóstoles, y por eso constantes siguieron al Señor: imitádos en todas las virtudes; no apartéis los ojos de esos sagrados ejemplares, y especialmente de vuestra abogada María, que resplandeciente estrella del mar os guia y os llevará á puerto de salvacion. ¡Qué dicha verla en la gloria á los piés de su amado Hijo, como lo estuvo al pié de la cruz! Este es el bien que os deseo en fuerza de lo que os amo. Procurád alcanzarlo con el arrepentimiento; y postrados delante del Señor, digámosle, que nos pesa de haber pecado: prometemos no ofenderos mas: perdonádnos, ó benignísimo Jesus, por vuestro amor y por el amor de vuestra santísima Madre, para que os veamos reinar con el Padre y con el Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.